

«LOS HONDOS DE TAULERO»

Desde que, hace años, oímos hablar de los famosos «hondos de Taulero», nos vino cierta curiosidad de conocer la personalidad y escritos del «Doctor iluminado»; y ya en parte quedaron satisfechos nuestros deseos cuando en 1904 y 1905 tuvimos ocasión de leer en la Universidad de Leipzig algunos papeles y libros del celeberrimo místico, especialmente el titulado «Sermon des grosz gelarten... doctoris Johannis Thauleri prediger ordens»; de entonces acá hemos ido escuchando con especial interés y simpatía los ecos de su nombre y cuanto se iba publicando acerca de su vida y escritos. En el verano del mismo año 1905, al celebrarse en Estrasburgo el *Katholikentag*—Congreso católico de los alemanes—, nos enseñaron también en la Biblioteca de dicha ciudad *Argentoratense* el «Memorial» del referido Doctor; y luego nos fué fácil comprobar que había versiones de sus obras en Colonia y otras ciudades y archivos; de ellas pudimos tomar notas y hojear alguna edición latina de «opera omnia D. Johannis Thauleri» por Surio, y las «Quellen zur Gelehrtensgeschichte des Predigerordens im 13 und 14 Jahrhundert», publicadas en Berlín en 1886 por el P. Denifle, O. P., quien, antes y después, ha escrito otros trabajos acerca del mismo, siendo hoy considerado como el mejor crítico de Taulero.

Ahora hemos visto con verdadero placer el libro que acaba de publicar el benemérito P. Getino (1). Veamos pues, ante todo, de resumir lo que dice, para considerar luego sus discretas apreciaciones, y examinarlas y anotarlas. Lo hacemos con tanto más gusto cuanto que Taulero se presta como pocos para la crítica, no sólo por su gran celebridad, sino también porque ofrece muchos aspectos muy controvertibles, y de él no se ha hablado, a lo que recordamos, no ya en ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS, que es Revista reciente, pero ni en *Razón y Fe*.

(1) «El Iluminado Doctor Fray Juan Tanlero». *Las Instituciones divinas y otros tratados en prosa y verso*. Introducción del P. Getino. Madrid, 1922.

I

El libro, que es relativamente pequeño y muy manejable, de 19 por 13 centímetros, para acomodarse a la «Biblioteca clásica dominicana», consta de una dedicatoria del P. Getino a su hermano (III-IV); de una «Introducción» del mismo Padre (V-LVI); «Conversión admirable del Doctor Iluminado», Fray Juan Taulero (1-35); «Instituciones divinas» del mismo Doctor (35-238); Meditaciones «De la Pasión del Señor», capítulo último (239-245), y finalmente, «Principales puntos de los Sermones de Taulero, reducidos a octavas reales por el P. Tomás Madalena» (246-261).

Veamos primero lo que dice el P. Getino. Divide su introducción en cuatro puntos. En el primero trata de «la vida mística en la Iglesia.—La mística alemana.—Floreamientos y persecuciones». Nota muy bien cuán difícil es dedicarse a la teología mística y gustar experimentalmente las efusiones de esa *sabiduría* o ciencia divina, porque «para gustar a Dios hay que disgustarse, en cierto modo, de todo lo criado»... y en consecuencia, cuán difícil es que la mística se generalice, tanto como para formar escuela. Y sin embargo, el Padre consigna el hecho de haber aparecido escuadrones de místicos, «una espesísima red de ellos», y eso en el mismo siglo XIV, conocidos con el nombre de «Amigos de Dios», *Gottesfreunde*, esparcidos por Alemania, Austria, Italia, Bélgica, Francia y España, y cita una pléyade de nombres ilustres de monjes, religiosos y seglares, comenzando por el patriarca de todos ellos, el maestro Eckart, y cuyos más renombrados discípulos fueron Taulero, el beato Simón, Ruysbroeck, etcétera.

Indica de paso la tormenta que se levantó contra Eckart por su producción errónea, que, al decir del esclarecido teólogo de Innsbruck, P. Hurter—a cuyo parecer se acuesta el P. Getino—, «consiste más en una exagerada manera de hablar que en un instinto de defender errores»; bien entendido que otros son más severos en juzgarle; y observa, igualmente, que algunas embravecidas olas de esta o parecida tormenta, azotaron también con el furor de recio vendaval los venerables rostros del beato Susón y de Taulero.

En el segundo punto toca estas materias: «Taulero—pequeña biografía.—Obras, versiones y ediciones», o sea su persona, escritos y

versiones. Dice que Taulero nació en Estrasburgo al empezar el siglo XIV, entró en la orden dominicana, estudió en París y Colonia, fué gran predicador y maestro muy espiritual, el de más nombre después del maestro Eckart, y falleció en su patria en 1461 (1). Sus escritos han sido tan celebrados, que le conquistaron el título de «Doctor iluminado», siendo, escribe, «lo más acendrado y expresivo lo que la crítica no le discute hoy día, porque se ha dado con los manuscritos de la época: los ochenta y un sermones publicados por Weter». Su influjo fué grande, tanto por sus obras, como principalmente por sus comentarios y versiones; la más usada, repetida y leída entre éstas, ha sido la del célebre cartujo Surio; a él, al P. Canisio y a Blosio, debe principalmente Taulero su fama. Después se multiplicaron las versiones latinas, italianas, francesas y españolas.

Al llegar aquí, advierte el P. Getino cuán en peligro estuvo el crédito doctrinal de Taulero, porque Lutero y sus secuaces, para justificar su reforma, le alababan como nadie y se fundaban en él; pero salieron por la fama del gran místico, Surio y Blosio, y refutaron contundentemente las afirmaciones de Lutero.

En el tercer punto subraya la nota simpática de confraternidad, de mutua correspondencia y compenetración, de intercambio, como hoy diríamos, que reinó por aquellos tiempos entre los miembros de las diferentes órdenes religiosas, comentando, traduciendo y publicando los escritores de una Orden trabajos de los de otra orden religiosa; entre ellos los del «Doctor iluminado»; diríase que eran unos verdaderos «amigos de Dios», de los del tiempo de Taulero, y la lista que nos ofrece es muy numerosa y lucida.

Pero estas notas de armonía fueron en parte ahogadas por las prohibiciones de muchos libros místicos, aun de los más eminentes en santidad y doctrina. Y era que en aquel tiempo se iba infiltrando el espíritu pseudo místico de los quietistas y alumbrados; y la Inquisición, mirando por el buen nombre de las sanas y puras doctrinas, pero acuciada y excitada alguna vez más de lo que dictaban la serenidad y la prudencia, prohibió y mandó recoger algunas obras del beato P. Avila, del Santo Duque de Gandía, Fray Luis de Granada y del

(1) Sic, p. XIX, pero es errata. Debe decir, 1361. Igual errata secular se encuentra en la página XXII, al escribir que la edición de Colonia, de Pedro Canisio o Pedro de Nimega, es de 1443, en vez de 1543.

mismo Taulero. Dicho se está que, pasado el peligro, salieron de la obscuridad y lució para ellas el sol y la claridad del día; y por lo que hace a las del «Doctor iluminado», se hicieron nuevas ediciones y traducciones castellanas.

Viniendo al cuarto y último punto, dice dos palabras de la edición que publica y que comprende: 1.º La conversión de Taulero, o autobiografía, como la llama el P. Getino. «Las traducciones que encuentro en español de la autobiografía, o séase de la llamada *Conversión de Taulero*, son cuatro, sin otras de simple referencia: la de Monópoli, en la *Historia de la Orden de Santo Domingo*, la de Muñoz, en la Vida de Fray Luis de Granada; la del P. Madalena, en el *Farol de la noche obscura*, y la del licenciado Cubillas, en la segunda edición de las *Instituciones divinas*... Entre las cuatro hemos dado la preferencia a la de Monópoli, que va más ajustada a la verdad de Surio». 2.º *Instituciones divinas*, que son consideradas como una compilación del beato P. Canisio, S. J. El P. Getino reproduce la primera edición castellana, por ser más sobria y castiza que la segunda de los dos ejemplares que existen en la Biblioteca Nacional. 3.º Meditaciones cuyo volumen es como la mitad de las *Instituciones*, pero el P. Getino sólo copia el último capítulo, referente a la Pasión del Señor. 4.º Sermones, de los cuales «transcribe como más curioso lo que pone en octavas reales el P. Madalena». Termina la Introducción haciendo una observación acerca de la terminología de los místicos, y citando unas cuantas obras, unas pocas *Fuentes*, pocas en verdad, referentes a Taulero; pues varias de las citadas poco o nada hablan de él. Tal es en líneas generales la presentación de la obra. El P. Getino se limita a reproducir estas cuatro partes, sin analizar ni comentar su contenido, y esto es lo que vamos a hacer a continuación con la brevedad que requieren estas pocas páginas.

II

Fray Juan Taulero, «de la provincia de Teutonia», siendo joven tomó el hábito de la Orden de los Predicadores, y marchó a París para perfeccionar sus estudios. Se dedicó a la oratoria y adquirió gran fama; pero se desvaneció por un sentimiento de orgullo, por la brillantez de sus predicaciones, y un penitente que vino a oírle le re-

presentó con viveza que seguía un camino errado, predicándose a sí mismo más bien que a Jesucristo. Afectado Taulero con estas palabras, cambió completamente de estilo, y en lo sucesivo predicó con tal celo y entusiasmo, que se debió en gran parte a su ardiente palabra la reforma de las costumbres.

Era el año 1346 cuando Fray Juan Taulero predicaba en Colonia, cautivando a su auditorio con la fama de su insigne predicación. El piadoso seglar que le oyó cinco sermones, quedó admirado de su buen decir, pero le halló falto de espíritu para hacer fruto en las almas, y movido de oculta inspiración fuése a Fray Juan y le rogó se sirviese admitirle como a hijo de confesión, como en efecto lo fué, por espacio de algunos meses, al cabo de los cuales, le dijo: «Padre mío y mi maestro, ruégoos que en alguno de vuestros nuevos sermones tratéis para mi aprovechamiento, del modo como un alma pueda en esta vida llegar a lo más alto de la perfección». Así lo hizo en un sermón de 24 puntos, en que, según él, consistía la perfección. El discípulo que le escuchó atentamente, juzgó buena la doctrina, y le dijo al maestro: «Cuando oí vuestro sermón, se me representó un vino muy excelente y precioso, que salía de una vasija sucia que quedaba con las heces, de manera que lo que se enseñaba era bueno, y el predicador, que era la vasija, quedaba desaprovechado». Y en este sentido llegó a llamarle *fariseo*, es decir, que predicaba buena doctrina, pero no la practicaba, y le aconsejó que dejara cierto tiempo la predicación y se entregara a la devoción y piedad, y en efecto, aquél lo cumplió por espacio de dos años. Entonces le dijo el discípulo: «Ahora puedes predicar de nuevo y serán de provecho tus sermones».

La primera vez que subió al púlpito pidió a Dios le concediese decir lo que fuese de su mayor servicio, y al punto, ahogado con lágrimas y suspiros, no pudo pronunciar palabra. Subió de nuevo a los pocos días y predicó con tanto fervor e hizo tal impresión en el auditorio que «cuarenta personas seglares y una monja del Monasterio a donde fué el sermón, quedaron arrobados. El maestro fué a decir misa, y entre tanto, volvieron en sí los veintiocho, y los doce y la monja quedaron así en la elevación hasta la tarde». Siguió predicando nueve años con verdadero éxito, unos con aplauso y otros con desaprobación de cierta parte del pueblo, y aun de los frailes, porque hablaba demasiado fuerte. Luego enfermó, y conociendo la proximi-

dad de su muerte, llamó a su discípulo y le rogó se hallara presente a ella. Dióle sus papeles para que los arreglara en forma de libro, pero encargándole que no pusiese su nombre, ni lo diese a entender a nadie que pudiese conocerlo. Cuando murió el maestro, salió el discípulo de Colonia, y en el camino le reveló el difunto que su terrible agonía le sirvió de purgatorio, y que ya estaba gozando de Dios en el cielo.

Si de la historia de la conversión pasamos al análisis del libro *Instituciones divinas*, veremos que en Taulero, como en los grandes místicos, la parte ascética no se separa de la mística, como que en los primeros capítulos y aun en la mayor parte de todos trata principalmente de la abnegación, de la humildad, pobreza de espíritu y otras virtudes ascéticas. De los treinta y nueve capítulos de las *Instituciones*, toca y dilucida puntos de mística: en los XI y XII, de la interior renunciación, con bellas y gráficas comparaciones, indica cómo «San Benito vió todo el mundo, a un rayo de luz, presente delante de los ojos», y cómo el alma se ve inundada y rodeada de Dios; en el XVI, del modo de apartarse interiormente del mundo, poseer la imagen de Dios en la esencia del alma y referirlo todo a él; en el XVII de la manera de hallar a Dios en todas las cosas; en el XXII de entregarse totalmente a Dios, y de las obscuridades y nieblas en que, al decir de S. Dionisio «se halla más claramente la luz divina; el XXV, XXVI y XXVIII, son tres capítulos, que respectivamente tienen todo el colorido de alta mística, a saber, de unir el alma y todas sus potencias en Dios; de llegar a la cumbre del conocimiento y singular privanza de Dios, y cómo «el reino de Dios está dentro de nosotros»; recuerda unas hermosas palabras de San Agustín, y trae bellas comparaciones y místicas revelaciones; en el XXXIII nota cómo en la alta contemplación «conviene seguir a Dios sin estilo determinado», y declara cinco dones que el alma afectuosa recibe de Dios y seis alas o ardientes suspiros con que aquélla vuela hasta el trono divino, y en el XXXV que, pospuestas todas las imágenes, hemos de llegar a la desnuda pobreza de espíritu: es una mezcla de hondo razonamiento y de alta contemplación.

De las *Meditaciones* sólo nos ofrece el P. Getino el último capítulo, que es «el descendimiento de la cruz y entierro del cuerpo del Señor». Todo él es una serie de suspiros, exclamaciones amorosas y afectos tiernísimos del alma para con Jesucristo. Es una sorpresa para

quién acaba de leer las *Instituciones*, porque en éstas Taulero es más bien seco y de recio pensar, y en aquella meditación da rienda suelta a los afectos más delicados, y se explaya y recrea devotamente con bellas comparaciones cuando pone a la Santísima Virgen en presencia del sepulcro de su Hijo. Nos ha hecho la impresión de estar leyendo algunos párrafos del melífluo Doctor San Bernardo o de Fray Luis de Granada.

Finalmente, como el P. Getino no ha pretendido hacer la crítica interna de las obras de Taulero, tampoco nos ha presentado sus sermones; se ha contentado con copiar los «principales puntos» de ellos, reducidos a octavas reales por el P. Madalena, puntos que se refieren a la penitencia, confianza en Dios, intercesión de María, reincidencia, novísimos, mortificación, auxilios, amor propio, afecto mun-dano, vicios, aspiraciones de los hombres, vida religiosa, los votos, Jesucristo crucificado, oración, afectos del alma, escrúpulos, beneficios de Dios, correspondencia en el amor y ansia de visiones; con estos epígrafes queda declarado cuál es la materia de los sermones. Si no fuera por no extendernos demasiado, copiaríamos aquí varias de estas octavas, que son sesenta y cinco. Para que se vea el buen corte de los versos, y cuál es, poco más o menos, su inspiración poética, allá va la 53 que dice:

«Es todo el mundo mar, la Iglesia nave,
Timón la cruz, la penitencia vela,
El Espíritu Santo aire suave,
Que mueve, que conduce, que consuela.
La fe como fanal el rumbo sabe
Del puerto, adonde el alma ansiosa anhela;
Ea, pues, alma mía, naveguemos,
Y si calmaré el viento, asir los remos.»

Lo dicho basta para conocer cómo nos presenta el esclarecido P. Getino al «Doctor iluminado». Si quisieramos hacer un paralelo entre Taulero y otros célebres místicos y ascetas, diríamos que hay mucha semejanza entre él y el Kempis. Desde luego, parece que al señalar en el capítulo 4 las diferencias entre la naturaleza y la gracia, tuvo delante el autor de las *Instituciones divinas* el capítulo 54 del libro tercero de la *Imitación de Cristo*, que trata de los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia; de la misma manera cuando en el mismo capítulo dice: «Anda por do quisieres y ve donde te plu-guiere..., te conviene llevar alguna cruz»...; cuando en el capítulo VI

hace una larga enumeración en forma de «cuanto me aparto de pecar, tanto moro conmigo mismo; cuanto crezco en mi conocimiento, tanto más me desprecio»...; «cuanto soy más paciente, tanto soy mas humilde»...; cuando en el capítulo 27 dice cómo debemos callar y hablar cuando conviene, y en el capítulo 34 cómo debemos siempre buscar a Dios, y lo mismo en el tenor y modo de tratar otros capítulos y redactar sus títulos, en todo, en todo ello se ve una gran analogía.

La lectura de las *Instituciones divinas* trae también a la memoria el librito de los ejercicios de San Ignacio, no sólo en general por las grandes y severas líneas, muy parecidas, que uno y otro trazan en la sólida construcción arquitectónica de la ascética y en el discernimiento de espíritus, sino también en particular al leer en el capítulo 33 aquellas palabras: «...Y lo mismo se ha de guardar en el comer y en el dormir. Y lo primero el sueño será breve, y... despertará con el ánima y con el cuerpo ligeramente»... «Y en cuanto toca al asiento y postura del cuerpo, guardará aquella manera que sintiere que más le mueve y levanta el espíritu a Dios»... «Para que por ninguna vía se ponga impedimento de nuestra parte a esta obra divina, habremos de procurar tiempo y lugar oportuno.» Dígase lo mismo de aquellas del capítulo 26. «Porque los grandes ejercicios, como es mucho orar, estar mucho tiempo de rodillas, ayunar, velar y otras piadosas obras semejantes a éstas que con la carne se hacen, dan gran deleite y contentamiento al espíritu, con el cual se encubre la propia afición carnal...» Y ¿a quién no recuerdan el estilo y lenguaje de San Ignacio estas palabras del capítulo 32: «Tres diferencias hay de hombres entre aquéllos que son llevados por el espíritu de Dios. Los primeros... Otros... Los terceros... son los perfectos imitadores de Cristo en la verdadera pobreza. La cual pobreza es en cuatro partes». El Santo Patriarca de Loyola, hubiera dicho: La cual pobreza es en cuatro maneras. Y así en otros pasajes, en los cuales no diremos que use las mismas expresiones, pero sí un modo de pensar y de sentir muy semejantes, aun en cosas muy particulares.

No creemos que se le pueda comparar con Santa Teresa, aunque ambos se elevan a la más alta contemplación, porque aquél está muy lejos de tener el gracejo inimitable de la Santa, y aquella transparencia clarísima y encantadora que con un par de sencillas comparaciones declara y sensibiliza los rincones más oscuros de las altas moradas del castillo interior; con todo, nos ha hecho pensar en la gran

doctora mística al leer en el capítulo 11 graciosas y bonitas comparaciones, como la de que «los lebreles y perros generosos no son muy ladradores, mas calladamente y sin ruido siguen y alcanzan su presa, y al contrario los perros de casta más raez [rahez] dan muchos y grandes alaridos y cazan poco», y hace una apta aplicación. Otra «dulce semejanza» pone en el mismo capítulo, tomada de «una bien templada vihuela que hace armonía». Menos parecido tiene con San Juan de la Cruz, pues ni su terminología es tan difícil, como lo es, a veces, la de éste, ni se mete en obscuridades tan grandes como la *gran tiniebla de la noche oscura* de San Juan de la Cruz, ni tiene la inspiración y requiebros poéticos del gran doctor del Carmelo.

Pero sí se le puede comparar con el gran asceta y místico P. Alvarez de Paz, porque ambos tienen mucha competencia en la materia, potente mentalidad parecida, y severo y sólido raciocinio; sólo que Alvarez de Paz le aventaja en el modo de presentar su doctrina con gran aparato teológico, y Taulero, a juzgar por la Meditación de que hemos hablado, le supera a su vez en abundancia de afecto. Igual comparación podríamos establecer entre él y el P. La Puente: ambos habituados a penetrar en los más altos misterios ascético-místicos, y demostrar sus afirmaciones con muchas pruebas; pero el P. La Puente, aduciendo muchos textos de Sagrada Escritura y muchas metáforas y simbolismos anagógicos, y Taulero casi siempre argumentos de razón, breves y contundentes, y tomados en su sentido llano y vulgar. Tampoco se le puede separar de su maestro Eckart y de su condiscípulo Susón y de Ruysbroeck, no sólo porque van unidos sus nombres y el del uno evoca el del otro, sino también porque cultivaron el mismo campo, aunque el «Doctor iluminado» aventaja a los tres en la precisión de términos y rigor de raciocinio, y no tiene cierto sabor panteístico, al menos de expresión, de que adolece el primero, ni es sentimental como el segundo, ni inexacto como el tercero. Tal es, a nuestro juicio, la fisonomía comparada del «Doctor iluminado».

III

Echemos ahora una mirada retrospectiva y analítica para apreciar algunos pormenores. Aunque nos agradaría más seguir en esto el orden lógico de las ideas, comenzando por las principales y siguiendo

con las secundarias, y distribuyéndolas por categorías, según su parentesco o afinidad, nos atendremos al orden cronológico del autor, porque es más fácil para el lector del libro, y más fácil también comprobar y comparar lo que anotamos con lo que dice el autor. Comencemos por unas pequeñeces literarias.

Prescindiendo de algunas menudencias y erratas tipográficas, y de que los nombres de Eckart, Eckio y Ruysbroeck aparecen casi siempre escritos de distinta manera, sobre todo el del primero; en la página IX, hace bien en decir que Landulfo había sido treinta años dominico, porque si no, en la página XXXII, por la mala distribución de las comas, cualquiera creería otra cosa: «Landulfo (dominico, treinta años injerto en la Cartuja, donde vivió diez)», que debería escribirse: Landulfo, dominico treinta años, injerto en...

En la página XIX escribe que Taulero nació al empezar el siglo XIV. También el P. Hurter dice: *circiter 1300* (1); como generalmente se admite que vivió unos setenta años (p. 5) y murió en 1361; de ahí que la mayor parte de los autores digan que nació a fines del siglo XIII: según unos en 1290, según otros en 1295. También Eckart (2) y Quétif (3) se equivocaron al decir que murió en 1379. El autor concreta más la fecha de su muerte en la pág. 5, diciendo que fué el 17 de mayo de 1361, y nos parece lo más probable, aunque en varios autores hemos visto el 16 de junio y también el 17 de este mes (4).

En el título de esta historia (pág. 1), se dice «conversión admirable»... En la página 2, se añade: «La conversión de este siervo de Dios es de las cosas más particulares y más raras que en la Iglesia se han visto desde los tiempos antiguos hasta los que ahora alcanzamos, y la traza que Dios en ella siguió, muy propia de su omnipotencia y de su bondad». En la página 5 se especifica la conversión: «Al principio hizo Dios en él una gran mudanza y conversión, no de seglar en fraile, ni de hombre desbaratado y perdido a reformado, sino de hombre que vivía religiosamente en la Orden, aunque con algunas imperfecciones...» El P. Getino rebaja mucho, y con razón, tan pomposos epítetos, y en la página XVI, refiriéndose, sin duda, a esta con-

(1) *Nomenclat.*, t. II, n. 340.

(2) *V. Biblioteca eclesiástica completa: «Taulero».*

(3) *Hurter, 1. c.*

(4) *Ibid.*

versión, dice: «según la conocida leyenda». También, y muy acertadamente, en la página XLVII: «En general, nadie la da un valor histórico riguroso, fuera, si acaso, del último traductor de Taulero al francés, padre Noël [O. P.] Y poco más abajo, en la misma página: ... «sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de un símbolo, más bien que de un relato realista de la vida...» Así es, en efecto; pues esa conversión tiene más trazas de leyenda que de historia.

En lo que no está tan acertado, pues no es cierto, es en llamar autobiografía a dicha conversión de Taulero (pág. XLVI). Y en la página siguiente escribe: «Lo peor del caso es que un Taulero distinto del de la autobiografía no parece por ningún lado...» No aparece con certeza, pero entre las varias hipótesis que hemos leído, nos parece más probable la del P. Denifle y otros que la atribuyen a Merswin, el banquero, convertido a la piedad, y amigo de Taulero.

Respecto de los sermones dice el P. Getino (XX): «Lo más acendrado y expresivo es lo que la crítica no le discute hoy día, porque se ha dado con los manuscritos de la época: los ochenta y un sermones publicados por Wetter» (1), lo que repite en la página XXVII. También es de este parecer el P. Hurter que dice: «si sermones excipiatis [caetera Tauleri] supposita vel dubia sunt» (2). Sin embargo, a juzgar por el sermón de las diez vírgenes: «Ecce sponsus venit»... (pág. 28 de la conversión), en el cual quedaron más de cuarenta personas arrobadas en éxtasis [!]; a juzgar por el sermón de la adultera, en el que se hacen las hipótesis más crudas y escandalosas; a juzgar por la dureza y violencia con que dicen que desde el púlpito trató a las autoridades civiles y religiosas, cuando por otra parte se afirma que fué comedido en las palabras y discreto en las censuras; por todo esto, y porque no aparece identidad de persona, de cohesión y de lenguaje en sus sermones, es decir, que no es *sibi constans*, los críticos modernos comienzan a poner en duda la autenticidad de sus sermones, y dicen que conviene revisar de nuevo aun los que Weter señaló como auténticos. Véase cómo se ha ido reduciendo el número de sus sermones: la edición de Pedro de Nimega señalaba 151; la de Basilea, 126; Denifle, 85; Hurter, 84, y Werter, 81. ¿No se podría reducir aún esta cifra si se hace una nueva y diligente investigación?

(1) Se titulan: «Die Predigten Taulers», Berlin, 1910.

(2) *Nomenclator lit.*, ibid.

Tampoco ofrecen ninguna garantía de autenticidad las *Instituciones divinas*, a pesar de ser considerada como la obra fundamental de Taulero (XXVI). Ya hemos visto cómo el P. Hurter pone en duda la autenticidad de todas sus obras, excepto los sermones; la *Revue Thomiste* (1) y competentes autores dicen que el libro publicado por Suorio y las traducciones posteriores se titularían mejor *Oeuvres mystiques du quatorzième siècle*. Realmente, no todos los capítulos de las Instituciones son de Taulero, v. g., el último, como expresamente lo advierte el P. Getino (226, nota), y bien puede ser que otros estén interpolados. «Las Instituciones divinas (XLIX), llamadas también *Medula del alma*, *Medulla animae*, y tratado de virtudes, son consideradas como una compilación de Pedro de Nimega, o sea del beato Canisio, más que como una obra pura y exclusivamente de Taulero. Hay en ellas fragmentos de Susón y de Ruysbroeck, y del maestro Eckart»...

Al hablar de Taulero y de los místicos en general, advierte atinadamente el P. Getino que las frases de éstos no se deben tomar muchas veces a la letra, pues no significan lo mismo en ellos que en los gramáticos y escolásticos (LII), lo que conviene tener en cuenta porque Lutero y los protestantes, para justificar su reforma dogmática se agarraron a ciertas frases de Taulero (XXIV), como v. gr., «exce- lente es la fe desnuda» (71), omitiendo lo que dice a continuación: «digo desnuda, no de buenas obras, más despojada de apetito de saber alguna cosa soberana o sentir extraña consolación». De la misma manera abusan los protestantes de las palabras de Taulero, cuando condena éste la confianza en las prácticas exteriores, porque si bien habla de la necesidad de entregarse en espíritu a Dios, también juzga necesarias las prácticas exteriores de la oración, ejercicios de mortificación, humildad, etc., como puede verse en la mayor parte de los capítulos de las *Instituciones divinas*. Es igualmente inexacta la calificación de quietista, porque pondere a veces la pasividad del alma y renunciación completa de sí misma, lo que nada tiene que ver con la pasividad absoluta de los quietistas y el aniquilamiento de los budhistas en el Nirvana, pues Taulero admite también la acción, las luchas del alma y el esfuerzo que ésta debe hacer para llegar a Dios. Nosotros podemos afirmar por lo que hemos leído en estas *Institu-*

(1) Novembre-Décembre, 1911, p. 398-804.

ciones divinas y en alguna de las versiones de las obras de Taulero, que generalmente es exacto y preciso en las palabras, y sólido y contundente en sus raciocinios, lo que se confirma con las palabras del gran Bossuet, que dice: «Taulère est à mon avis un des plus solides et des plus corrects des mystiques» (1).

Sólo alguna rara vez, como en el cap. XXX, se expresa en términos inexactos, poniendo en el hombre cuatro partes distintas: el mismo hombre exterior, alma, espíritu y unidad con Dios, pero esto lo atribuye expresamente al «divino Dionisio».

Por lo demás, Taulero tiene bien cimentado el epíteto de «Doctor iluminado» que los comentaristas y la fama le atribuyen, aunque, como dice Denifle, no hubiese recibido el grado de doctor en Teología. La profundidad de sus escritos místicos fundamenta igualmente la verdad de aquella expresión gráfica que se ha hecho ya célebre: «Los hondos de Taulero». ¿Sería acaso San Pablo de la Cruz el primero que usó esa frase, cuando escribía a un religioso desconsolado: «Este es el momento, mi querido Padre, de permanecer en las profundidades de Taulero, esto es, en la soledad interior y tomar en el seno de Dios el reposo del amor y de la caridad?» (2).

Como en la página LI nos dice el P. Getino que las *Meditaciones* de Taulero merecen un tomo aparte, y que allí sería ocasión de dilucidar por extenso los problemas que ha planteado la crítica, creemos que volverá a hablar de nuevo del «Doctor iluminado», y entonces puede hacer un estudio crítico de la conversión de Taulero, y ver si ésta es más bien ficticia que real, quién es el autor de ella, quién fué el amigo de Taulero, el *Gottesfreund*, el confidente y discípulo que le asistió en la muerte, cuántos y cuáles son los sermones auténticos de Taulero, a qué se reducen las Instituciones divinas del mismo, expurgadas de capítulos extraños e interpolaciones, cuáles son las *Meditaciones*, y las *Cartas* de las cuales no ha dicho nada, y si es aquél el autor de la división metódica de la vida interior en tres grados, con los nombres de purgativa, iluminativa y unitiva, según cree el autor de la Bibliografía eclesiástica completa: que todo esto puede hacerlo el esclarecido P. Getino con la competencia que le caracteriza.

E. UGARTE DE ERCILLA.

(1) Véase Hurter, *Nomenclator...*, t. II, pág. 668.

(2) MIGNE, *Encyclopédie Théologique*, 1865, t. XLV.